

Oriente y Africa, trastornaron las viejas costumbres y trajeron el asiático lujo con todo su esplendor. Desciñóse la matrona su túnica de lana y la dejó á sus siervos, tomando para sí la estola de lino, blanca y transparente, ceñida y recamada de oro. El calzado fué mucho más elegante. Las alfombras orientales comenzaron á extenderse mullidas bajo los pies. Colgáronse los cuadros griegos y erigiéronse las griegas estatuas en los edificios romanos como deslumbradores ornamentos. Un espectáculo, al cual acudían las mujeres, parecía desde lejos tapiz, ó prado, según los matices varios de sus multicolores vestimentas. Hasta la conquista de Sicilia no se conoció allí el arte de peinar. Los barberos primeramente llegados á Roma fueron todos con Licinio, que iba vencedor de la magna Grecia. El dominio sobre las extrañas gentes se debía, por ley natural, á la victoria, y la victoria, por ley natural, se alimentaba con el despojo de los triunfos. El soldado volvía con cuatrocientos haces en su cinto desde Cartago á Roma. Ciento veintitrés mil libras de plata Escipión aportó de su triunfo en África. De una sola vez Paulo Emilio llevó ciento cincuenta millones. Los argentarios, quiero decir, los negociantes crecieron. Las chozas de los antiguos cambiantes extendidas por el Foro se convirtieron á una en palacios de pie-

dra. Tras aquellos bancos, donde se hacían toda clase de negocios, y hasta, en sentir de varios eruditos, se giraban letras al modo moderno, erigíanse las basílicas, especie de bolsas destinadas á la contratación. Por consecuencia, el dinero traía consigo grande movimiento mercantil, y este grande movimiento mercantil traía consigo, como toda riqueza, excesivo lujo y dispendio. Se había sobrepuerto, pues, al patriciado rural de Catón otro patriciado negociante y mercantil que venía tras el carro de los Emilios y de los Escipiones con orientales riquezas.

Las Puertas de bronce abrían paso á las casas patricias; estatuas doradas resplandecían por vestíbulos y patios; colosos ecuestres campeaban hasta en edificios particulares; los farsantes, encargados á guisa de bufones del divertimento y regocijo universal, contaban fábulas y decían gracias á roso y belloso entre alegres carcajadas; el tocador de las damas asemejábase á botiquín bien provisto, según los perfumes y los ungüentos allí amontonados; bordadores, joyeros, sastres de túnicas elegantes, tintadores en matices varios, zapateros de femenino calzado, modistos, como se llaman en jerga moderna los costureros, aglomerábanse, al par de los clientes, con poetas, cantadores, citareros, flautistas, en aquellas mansiones ardientes á la llama



viva de todos los placeres. Únase á esto el escándalo promovido por el desenfreno de las fiestas báquicas, tan enardecedoras para los sentidos y tan nocivas á las buenas costumbres. Más de siete mil personas, pertenecientes á todas las clases sociales, habíanse inscrito en esta increíble sociedad. Las embriagueces allí usuales pervertían y mataban con tal frecuencia, que se las creía, en las creencias comunes, corrosivos envenenamientos. Sacerdotisas, ataviadas como las ménades, el cabello suelto al viento, las sienes ceñidas por guirnaldas de hiedra y pámpanos, la corta túnica del color de azafrán, las canciones voluptuosas en los labios aromados por el vino, el tirso de oro con serpientes entrelazadas en una mano y en la otra mano las antorchas, corrían por las orillas del Tíber, llenando los aires con el resuello de sus pechos agitados, con el acento de sus voluptuosos suspiros, con los besos de sus exaltados y delirantes placeres.

Así como los griegos de tiempo inmemorial acostumbraron celebrar fiestas, cual aquellas de Olimpia, donde acudían los peregrinos en legión, los embajadores de todas las ciudades, los teoros dispuestos á ofrecer sacrificios conformes con la tradicional antigua liturgia y arreglar procesiones, las cuales iban por los bosques sacros que atravesaban las aguas del Alfeo, entre altares don-

de humeaban la mirra y el incienso, libando las copas de hidromiel y ciñéndose las coronas de olivo para prepararse á recibir las ofrendas enviadas por todos los representantes del helenismo, quienes allí en el templo de Júpiter veían su misteriosa unidad, y para premiar á los atletas galardonados por sinfonías melodiosísimas y cantares poéticos, obra de coros, cuyas voces alzaban á las alturas misteriosos himnos, derramando el entusiasmo en todos los corazones y haciendo pródigos y propicios á todos los dioses; como estos juegos olímpicos los juegos pitios, ó competencias de todos los instrumentos helénicos; los juegos nemeos consagrados á los héroes muertos; los juegos ístmicos anunciados por mensajeros expedidos á los cuatro extremos del horizonte y compuestos de magníficas rivalidades y competencias, tanto de las fuerzas físicas cual de las ideas puras, según debía suceder en aquella compenetración del espíritu con el universo que constituye la mayor y más armoniosa característica del antiguo pueblo griego; Roma repitió estas fiestas de otra suerte, como vemos en los fastos magníficos de Ovidio. Ya eran los seculares juegos, iluminados en sacras noches por innumerables antorchas, á cuyo resplandor los más gallardos mancebos y las muchachas vírgenes iban al templo de Apolo entonando himnos bilin-



gües en griego y en latín, llenos de incomunicable poesía; ya eran los cereales, donde las matronas, precedidas por todos los dioses, asistían primero al circo y del circo al templo de Ceres, en que se ponían loas coreadas, representando las tradicionales historias de Plutón y Proserpina; ya eran los matronales consagrados á Juno, ante quien deponían las matronas sus coronas de verbena, fiestas concluidas por tertulias y recepciones familiares; ya los vestalios, de numerosas incidencias, que paseaban por las plazas ornados de guirnaldas los asnos de los molinos; ya los florales, donde las romanas celebraban el florecimiento de la primavera y procedían como si la savia embriagadora esparcida por el campo se concentrara en sus venas; ya las saturnales, de que los esclavos mismos participaban, y en ellos se fingía entregar las mujeres á los enemigos como recuerdo de ciertos hechos legados por los antiguos tiempos y propios de los combates á que se halló desde su nacimiento condenada esta diosa de la guerra denominada la Ciudad Eterna.

Lástima grande que Roma no llegase á tanto esplendor y no se viese tras sus victorias en comunicación estrecha con todo el mundo, sino á precio de sus virtudes y de su honor. Después de lo mucho que trabajara el mundo antiguo, no había utili-

dad alguna para el género humano en que todos estos trabajos á una se perdieran y frustraran. La familia con tantos esfuerzos fundada por los arios, las escudriñadoras lecturas del cielo tan perfectamente acabadas por los caldeos, aquella moral egipcia en que latía tan vivo el sentimiento de la inmortalidad, los progresos conseguidos en las artes y en las ciencias por el pueblo helénico, las instituciones y la sabia legislación de tantas ciudades como brillaban á uno y otro lado y á todo lo largo del revelador Mediterráneo, no debían perderse, tanto más cuanto que se hallaban en el caso de salvarse con vigor, sin oscurecer las conciencias y sin pervertir las costumbres. Ciertamente que había la civilización oriental y helénica llegado á Roma cuando ya estaba en su decadencia, y cierto que las civilizaciones decadentes pudren á los pueblos puestos en contacto con ellas. Pero había que proceder en términos capaces de traer las mejoras naturales extraídas á una de los antiguos pueblos, sin ofender al nombre romano y menos cancerar la médula de aquella fuerte y robusta organización histórica. Un partido había compuesto de hombres superiores como los Emilianos y como los Lelios, que aspiraban á la consecución y logro de tal fin. En este partido se hallaba Cornelia, más inclinada, como ya hemos dicho,



á las costumbres de los enemigos de su gente, á los catonianos, que á las costumbres de su propia y natural familia, los orgullosos Escipiones, aunque siempre partícipe de sus ideas helénicas. Cornelia contaba que sus abuelos, con ser tan viejos nobles y tan altos aristócratas, solamente habían tenido humilde tugurio en Roma y corto campo en las cercanías, viviendo consagrados á las austeridades más rudas. Lo que deseaba y pedía Cornelia era que se tomase del Oriente y Grecia el arte con la filosofía, pero no las tradiciones y las costumbres. Donde quiera que veía un maestro del viejo saber, lo captaba para sus hijos con tal que ofreciera una vida íntegra y pura. Lo que no quería, no, era el retórico acostumbrado á defender todas las causas con igual elocuencia; el sofista gréculo, comentador indiferente y escéptico de todas las ideas; el sacerdote orgiástico y voluptuoso, que mezclaba el más grosero sensualismo á su liturgia y á su culto; el quiromante decidor de horóscopos engañosos vendidos á dinero en públicas almonedas; el bailarín, y el histrión, y el sicofanta, que fomentaba el vicio en los demás porque cedía en provecho para sí. Cornelia tomaba de Grecia las ideas despedidas y evaporadas con tantos aromas de aquella incomparable ánfora y daba de mano á todas las corrupciones traídas por su

descomposición inevitable que iba materialmente corrompiendo también á Roma con su perverso contacto.

Presentóse un día en casa de Cornelia joven matrona, muy pagada, en su vanidad y belleza, de las joyas que tenía y de los arreos que llevaba. La conversación giró sobre los nuevos usos traídos de Grecia y sobre los nuevos trajes á la sazón aquella en boga extraordinaria. La joven romana encarecía sus mixturas, sus pomadas, sus afeites, los múltiples adornos que á cada paso le granjeaba el marido, las joyas, las muchas joyas de su ajuar, tantas por su número y tan ricas por su materia que componían un verdadero tesoro. Cornelia, despegada por su temperamento y por su educación de todas estas nonadas, correspondía en su diálogo con la conversación mantenida por su visitante, mas no quería darle pábulo y mudaba con arte y saber de objeto y asunto. Pero la matrona resistía-se á mudar de conversación é insistía con empeño en el relato de sus galas. Dejóla, vista su insistencia, Cornelia, que fuera por donde quisiera á su arbitrio en aquel impertinente coloquio, y cerró, á guisa de muda, su boca. En tal estado la interlocutora dejó el propio discurso y se consagró á no menos importunas y no menos impertinentes interrogaciones que su anterior conversación. En este



interrogatorio le preguntó cuántas joyas ella tenía, y le dijo Cornelia que varias, en respuesta. No demandaba más la gárrula patricia y en seguida requirióla con porfía para que se las enseñase con franqueza. Cornelia, en efecto, abrió una puerta y enseñó sus hijos. Este rasgo pinta la complexión de nuestra heroína. Muy dada por la sangre que discurría en sus venas á los altos goces de una vida superior y á los altos empeños políticos, trataba de dominar en la sociedad, sí, pero por medio de su familia, de sus hijos, de su esposo, de su hogar, escuela para enseñar las ideas que aun podían esclarecer las ciencias, estadio para ejercer las virtudes que aun podían defender y prosperar á Roma. Hija de un extraordinario héroe, á quien le había tocado vencer al feroz y terrible semita, engendro del África, que, rodeado por trescientos mil hombres, á los cuales fascinaba, se puso de un salto sobre Roma, después de haber quemado cuatrocientas ciudades ó latinas ó aliadas, Cornelia debía, por efectos hereditarios, por altiveces de pensamiento adquiridas en su comercio y trato con las gentes superiores, continuar todos estos grandiosos ejemplos y contribuir con los recursos y medios propios de su sexo al esplendor de su patria.

Aunque la presencia en su casa paterna y la

educación de su heroico padre le sugirieran ciertos varoniles pensamientos, Cornelia sabía bien que le tocaba influir en Roma por medio de los suyos. Como Catón observa en los fragmentos llegados á nosotros de su libro célebre *Orígenes*, las matronas, muy sometidas á la tutela marital por las leyes, dominaban por las costumbres con su autoridad y con su poder femeniles á todos sus esposos. Enemigo como buen patricio rural de las innovaciones, oponíase á reformar las viejas leyes en pro de las mujeres y sus derechos, reforma propuesta por muchos, aduciendo el insoportable poder alcanzado bajo una legislación rigurosa y muy propenso á tocar en tiranía siempre, pero mucho más en el caso de aflojarse y perderse las viejas leyes. Casada Cornelia con el patricio Sempronio, por medio de Sempronio usó de su natural influencia. Modesto el marido, equilibrado en sus facultades como todos aquellos en quienes el genio no suele brillar, ejerció los cargos civiles y militares con rigurosa moderación y cumpliendo todos sus deberes. Acostumbrada la matrona excelsa por su educación á mayor influencia, no humilló nunca la dignidad natural de su marido, y aguardó con calma, pero con perseverancia, de la maternidad, el influjo no logrado en su modesto matrimonio. La hija del inmortal Escipión no pudo lograr que la llamaran en su tiem-



po esposa de Sempronio, y se consagró á que la designasen por siglos de siglos con este nombre: madre de los Gracos. Y así ha pasado á la historia.

Sempronio se debió inclinar siempre al partido plebeyo y á las ideas democráticas. Por consecuencia, Cornelia, nieta de patricios, hija del Africano, mostró todo lo que amaba en su corazón al marido, cambiando ideas tan arraigadas y parecidas á una vieja liturgia por sus nuevas radicales ideas. No turbó el más ligero disgusto ni la contrariedad más mínima tanto sólido amor. La tradición refiere que, habiendo encontrado una vez los esposos dos culebras en su cama nupcial, recurrieron á los augures, á fin de saber bajo sus auspicios el sentido y significación de tales augurios. En las arraigadas supersticiones clásicas recibían el carácter y el misterio de agoreros casi todos los animales, de quienes imaginaban que solían servirse los dioses para sus sugerencias y sus anuncios. Aconsejaron los arúspices matar una de las serpientes, pero advirtiendo que, si moría el macho, se acertaba la existencia de Sempronio, y si moría la hembra, se acertaba la existencia de Cornelia. Muy amantes los dos esposos, quería cada cual matar el reptil que aseguraba la existencia ajena y destruía la propia. Cornelia pidió que muriera la hembra para morir ella y dejar á sus hijos con padre. No así el marido, argu-

yéndose de viejo y notando los pocos años de su hermosa y joven mujer, dijo cómo debía vivir ésta para dar en su juventud y en su hermosura numerosos romanos á Roma. Inútilmente porfió Cornelia en su empeño y aseguró que si alguna vez á enviudar llegase, no se casaría de nuevo, pues le placía pasar á la historia como esposa de un solo marido. No atendió á razones y menos á súplicas el porfiado Sempronio; mató al macho, y murió él, en consecuencia. Bajo estas fábulas y bajo estos símbolos, el arte de relatar, que los antiguos en grado tan excelso tenían, significaba el amor, el inmenso amor de Sempronio á su mujer. Y lo merecía ésta, porque todos cuantos desvelos llevó en su vida, todas cuantas vigiliass tomó en su extraordinario ministerio doméstico y social, redujéronse al magno empeño de ser una buena esposa y una buena madre. De los doce hijos que tuvo en su matrimonio solamente le quedaron tres, Tiberio, Cayo y una hija que unió con Escipión, el segundo Africano, hijo, en las adopciones romanas, de su propio padre y señor, el Africano primero. Viuda Cornelia, centuplicóse naturalmente su afecto maternal, y vivió tan sólo para su prole. Vida tal tuvo tanto más mérito cuanto que no le faltaron ocasiones múltiples de tornar á casarse. Entre otros, le pidió la mano el rey egipcio Tolomeo, brindándole con



su amor y con su trono. Intensísimo sacrificio para matrona de su temple la renuncia de un poder tan alto en imperio como aquel, que se alzaba orgulloso á las orillas del Nilo, bajo la dirección de una familia helena, ingerta en los generales subsiguientes al magno Alejandro, familia tan célebre por su poder como por su ciencia, por lo mucho que había esgrimido las armas en cien combates y aventajado las letras con su divina protección. Rasgos de tal género demuestran las altas virtudes romanas. Aquella mujer prefería la viudez de un censor á la diadema de todo un Egipto. Educar á los hijos en las virtudes antiguas, dirigirlos al bien de la patria, inductriarlos en los altos principios filosóficos, hacer de todos ellos héroes en el campo, magistrados en el foro, legisladores en el comicio, grandes ciudadanos, era para Cornelia mayor satisfacción que vivir á la desembocadura del Nilo, entre las alamedas misteriosas de palmas y obeliscos, reinando sobre aquellos desiertos donde los dioses tuvieran su cuna y ejerciendo desde las alturas del trono autoridad y poder, muy tentadores á todas las almas y especialmente á las almas como aquella suya, iluminada siempre por el resplandor de los más esclarecidos pensamientos y movida también á las más altas empresas por las más nobles y las más activas ambiciones.

Sus hijos: he ahí toda la pasión de Cornelia. Pero sus hijos no serán para ella, no serán para su hogar, serán para los combates de la política, serán para el servicio de la patria. Cornelia no pare hijos, pare ciudadanos. Algo hay en ella de la mujer laacedemonia, que imponía con orgullo á sus pequeños una educación regulada por leyes, mediante las cuales no debían ir al combate sino para recoger la victoria ó la muerte. Y esta pasión política debe considerarse como una pasión sobrepuesta por el amor inmenso hacia Roma en la naturaleza íntima, y propia, y peculiar de Cornelia. Tierna, muy tierna madre, de haber tenido sus hijos en medio ambiente, que no imperara con tal soberano imperio sobre la mujer y sus facultades, acaso fuese madre, sólo madre; y guardara para sí, para su amor, para su alma, para su corazón, á los hijos. Pero había nacido en Roma: la ciudad quiritaria dominaba su espíritu de mujer y lo convertía en verdadero espíritu varonil; el hogar de sus padres hallábase consagrado por santísimos recuerdos como la conquista de Cerdeña y de Cartago; en su familia y consigo vivían los salvadores de Roma; el término de su campo se dibujaba y señalaba con huesos de mártires; el sepulcro de sus mayores despedía una epopeya de sacrosantos recuerdos; por todas partes la gloria militar y política se levantaba imperiosa; y Cor-